

# La inmigración nos habla (de aquí)

Mario Ortí<sup>1</sup>



Dentro del marco de la Politeia 2002 tuve ocasión de desarrollar, junto a los compañeros del Colectivo IOE y a los profesores de la Universidad de Valencia Manolo Rodríguez y Toño Santos, el curso «Condiciones de vida y trabajo de los jóvenes en el siglo XXI». Siguiendo los planteamientos para los contenidos de este año del Consejo de la Juventud de España, tratamos que inmigración y género fuesen elementos transversales con respecto al problema que nos ocupaba de modo específico: cómo las transformaciones que sufre esa condición social llamada juventud (en los mercados de trabajo, en su acceso al sistema educativo, en sus oportunidades vitales o en sus valores...) son seguramente los síntomas más claros del carácter progresivamente dominante de un (más o menos) nuevo modelo social y laboral.

Hace no muchos años, apenas una década, dos cuestiones hoy de actualidad en toda la prensa —los «problemas» de la inmigración extranjera, por un lado, y de la degradación general de las condiciones laborales, empezando por las de los propios jóvenes, por otro— sólo ocupaban una pequeña parte del espacio y la atención que hoy se les dedica. Sobre todo, el primero de ellos. Ambos son en estos momentos cuestiones socialmente visibles en tanto que “problemas de nuestra sociedad”; la cuestión es, precisamente, en qué sentido. El hecho supuesto (no se sabe muy bien cómo) de que «un millón de inmigrantes se prepara para entrar en España» llegó a convertirse en terrorista titular de prensa; en cambio, en tanto que noticia de portada de algún diario, no han sido vistas, al menos que nosotros sepamos, las contrastadas cifras de que, como mínimo, dos tercios de la población de todo el Estado entre 16 y 29 años o tres cuartas partes de la andaluza y extremeña mantienen una relación eventual con el mercado de trabajo.

## Las realidades de la inmigración frente a algunos tópicos bien asentados

Frente a alarmistas avisos sobre la invasión que nos llega, los inmigrantes detenidos en el estrecho o las supuestas mafias que son desarticuladas, la inmigración dibuja un panorama con muchos matices y al

<sup>1</sup> Sociólogo y colaborador del Colectivo IOE. Debo agradecer a los compañeros del Colectivo las sugerencias realizadas para este artículo.





Es cierto que durante los últimos años, especialmente en el periodo 1996-2002, se ha producido un incremento significativo de la llegada y establecimiento de trabajadores de otros países con incrementos anuales superiores al 20% y más que duplicando el número de extranjeros que residían en España antes de esa fecha. Pero las migraciones que han crecido en los últimos años en el Estado y en todo el mundo no son solamente las de los trabajadores de los países periféricos, también lo han hecho las de los trabajadores "cualificados" del centro que acompañan al capital en su proceso de expansión global; esta última, la del capital, es sin duda la migración más influyente de nuestros días, sin cuya acción no pueden entenderse las otras migraciones como tampoco pueden entenderse sus múltiples facetas: la de huida de la violencia que las recetas de ajuste financiero desencadenan o la de la necesidad imperiosa para el centro capitalista de una mano de obra móvil, flexible y con diferentes grados de cualificación. La circulación es la norma en este mundo, desde millones de turistas a inmensos flujos de capital; desde ejecutivos de telecomunicaciones a jornaleros para las agroindustrias de occidente, desde obreros para las maquiladoras de todas las fronteras sur a ejércitos de ocupación para todo el mundo. Sin embargo, tampoco las migraciones son sólo necesidad en estado puro, sea ésta la del capital o la de las masas de trabajadores que pueblan la tierra. También son un proyecto personal o familiar y una parte fundamental para la historia de la humanidad.

que tiene muy poco sentido acercarse, bien a «favor» o «en contra» de ella, si no es para entender qué papel juega dentro del mundo actual. Las últimas cifras disponibles apuntan a que España continúa a la cola de los países de la OCDE (sólo seguida por Portugal, Finlandia y Japón) en cuanto a proporción de extranjeros entre su población, que se sitúa en torno al 3%, claro que muy desigualmente distribuida en el territorio. También, que los españoles residentes en el exterior superan al número absoluto de aquellos en más de medio millón; es decir, 1,5 millones de extranjeros censados (datos procedentes de los avances del censo 2002) frente a 2,1 millones de emigrantes españoles oficialmente contabilizados (datos para 1996 de la Dirección General de Ordenación de las Migraciones) <sup>2</sup>.

Sin entender la reestructuración del capital no se pueden comprender las migraciones en la coyuntura actual. Nuestra estructura social se transforma y hoy comprende una parte creciente de trabajadores inmigrantes. Pero la precarización de sus estratos inferiores supone un proceso anterior y diferente a su llegada y que los inmigrantes sufren de una forma semejante a muchos trabajadores españoles. Todos sabemos que el mito de los sobradamente preparados (y profesionalmente realizados) no puede representar al conjunto de los jóvenes, tampoco los datos globales sobre los extranjeros residentes en España se adecuan a los tópicos sobre ellos. No es ya que las migraciones tengan poco que ver con una hipotética «venganza de los pobres» contra el primer mundo, sino que el perfil de los inmigrantes en España ni siquiera se ajusta a la estereotipada imagen de los desharrapados trabajadores sin cualificar, en el mejor de los casos, dignos de

<sup>2</sup> Igualmente, aproximaciones realizadas al hecho histórico de las migraciones estiman en 80 millones de personas las salidas de Europa para establecerse en otros lugares del mundo. En cambio, solamente 20 millones de personas nacidas fuera de este continente se habrían establecido en él. Ver, por ejemplo, COLECTIVO IOE (1999) "La inmigración extranjera en España, 2000", en VV.AA. La inmigración extranjera en España. Los retos educativos, Fundación "la Caixa", Barcelona, p.19. También, PEREDA, CARLOS Y DE PRADA, MIGUEL ANGEL (2002) "Migraciones internacionales: Entre el capitalismo global Y la jerarquización de los Estados", en Migraciones internacionales, Centro de Investigaciones para la Paz, Madrid.

compasión. Los residentes en el Estado que podemos calificar como procedentes de la periferia (o «tercer mundo») no superaron hasta 1997 a los del «primero» (considerando como tal UE y resto de Europa Occidental más los EE.UU., Canadá, Japón y Australia), siendo hoy éstos 400.000 frente 900.000 procedentes de los países de la periferia capitalista. Otra realidad frente al tópico, en este caso el de «los pobres que emigran para trabajar», reflejada por los datos, es que las tasas de actividad de los extranjeros de la periferia, siendo superiores a las de los españoles, no lo son en cambio a las de algunos colectivos extranjeros del centro; encontramos tasas de actividad (según la E.P.A. y las afiliaciones a la Seguridad Social) semejantes entre los procedentes de países como Marruecos, Ecuador o Perú que las de los originarios de Italia, Alemania, Francia y Portugal. Y... ¿los alemanes vienen a quitarnos el trabajo?. Podemos encontrar también sorpresas al comprobar que el nivel de estudios de las empleadas de hogar inmigrantes es superior a la media de las mujeres españolas<sup>3</sup>, por no aludir a un dato positivo del que sí se habría hecho eco la prensa: el elevado número de trabajadores inmigrantes que cotizan a la Seguridad Social (más de 800.000).

### Encuestas e inseguridad: el mito de los ilegales

Según el Eurobarómetro de 2001 “la mitad de los europeos opina que las minorías extranjeras en su entorno son una causa de inseguridad”; en cambio, según el sentido común, la inmensa mayoría de las encuestas divulgadas por la prensa sobre inmigración contiene preguntas burda y tópicamente xenófobas. Como señalaba recientemente y a propósito de una encuesta del C.I.S. el especialista en migraciones Antonio Izquierdo en su artículo *El éxito de lo impreciso*, publicado en la sección de opinión del diario EL PAÍS (5 de agosto de 2002) las “opciones que se han presentado para averiguar cuál sería la política más adecuada respecto a los trabajadores extranjeros son voces vacías y autoritarias que nos separan de la realidad”. Como también señalaba acertadamente este autor, ¿qué es lo que quiere decirse realmente cuando se habla de inmigración ilegal?; con el tópico en la mano, lo connotado parece ser un dibujo extremo de la situación de una parte de los ciudadanos de otros países residentes en el nuestro; se trata de personas desposeídas de todo, «tercermundistas», usuarias o cómplices de mafias que los introducen

clandestinamente en el país, pasiva o activamente cercanas a un mundo de violencia, etc. Pero si ampliamos nuestra perspectiva y nos aproximamos a lo que, en esencia, define a estos «inmigrantes ilegales», el único elemento estable de su identidad es el de ser aquéllos que carecen de lo que, por exclusión, les constituye: los papeles.

En esta situación se encontraría un amplio colectivo a cuya estimación es posible aproximarse a través de la diferencia entre los datos del censo y el de los permisos de residencia; según el Anuario estadístico de extranjería eran 1.109.060 los extranjeros con el permiso de residencia en vigor; en cambio, según el censo de población de 2001 son algo más de un millón y medio los registrados. Ésta no pasa de ser una cifra meramente orientativa, pero tan absurdo es pensar que estas 400.000 personas pueden responder al interesado estereotipo de «ilegalidad peligrosa» como ignorar que nueve de cada diez residentes legales han estado anteriormente en el limbo de esta situación administrativa y han salido de él, en las sucesivas regularizaciones, o a través de otros procedimientos administrativos.

Las condiciones en la que los inmigrantes se encuentran en nuestro país no son radicalmente diferentes a las de una parte importante de nuestras clases trabajadoras, especialmente las de sus sectores más jóvenes y precarizados. En los países del centro capitalista ninguna fuerza política parece, por el momento, capaz de frenar la violenta ofensiva del capital global y sus gestores. Una ofensiva encaminada a renovar su hegemonía, a remontar una ya larga crisis de acumulación y reforzar su control sobre la división internacional del trabajo y los mercados mundiales. Al mismo tiempo, muy pocos parecen capaces de defender, como era habitual treinta años atrás, que el camino para un desarrollo social colectivo del planeta pasa por más mercado y más capitalismo. Defienden a lo sumo, que no hay otro camino que el existente. Frente a esto, la situación desencadenada en muchos países, como recientemente Argentina, menos protegidos de las inclemencias de las turbulencias financieras, quizá marca el futuro de unas sociedades, como la nuestra, con cada vez menos frenos y controles ante esa violencia. Intentemos que la radicalidad de los planteamientos puesta en juego por algunos sectores en la lucha por la defensa de los derechos democráticos y políticos de los inmigrantes también lo haga. ■

<sup>3</sup> Ver COLECTIVO IOE (2001) *Mujer, inmigración y trabajo*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, p.275.